211
P
CB 73
P4

CAPÍTULO PRIMERO.

He emprendido este libro bajo la inspiracion de un maestro que lleva en sí mas que ningun hombre puede llevar. Pienso lo que ha pensado, y procuraré decir lo que ha dicho. ¿Cuál es su parte, y cuál la mia en el trabajo? Solo lo sabrá aquel que pueda separar las olas del murmullo que producen. ¿Necesito nombrar á este maestro? Es mi siglo, seguramente el mas grande de la historia. Le he interrogado respetuosamente, y si no me hago ilusiones, hé aquí lo que ha respondido. Pero antes de repetir su respuesta, permítaseme meditar un instante. La verdad en la tierra es la visita de Dios á nuestra inteligencia; abrámosle en el fondo de nuestro corazon una piadosa hospitalidad, y preparémonos humildemente para la celeste entrevista.

El hombre necesita creer, porque ha nacido inteligente; creer es el medio de ser para su espíritu; su espíritu vive únicamente creyendo, y además, porque habiendo nacido libre, tiene en virtud de esta libertad

una parte de accion en su destino. Debe, pues, conocer, aunque sea en parte, ese destino para arreglar á él su conducta. De aquí la necesidad de una creencia. ¿Quién eres? ¿Por qué existes? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? Hé aquí el enigma que desde Job á Prometeo, y desde Prometeo hasta Fausto, la humanidad está continuamente resolviendo.

¿Pero qué garantia tiene el hombre de poder encontrar su solucion? Una sola, podemos responder, y le basta; el deseo que tiene de hallarla. El afan de buscar no es en nuestra alma más que la anticipacion de la verdad. La soberana armonía no se engaña á sí misma; no ha dado la aspiracion á nuestra alma como el cebo de un engaño. Por todas partes donde ha puesto la sed, ha puesto al lado la fuente. ¿Quién puede admitir un momento que Dios, señala la verdad al presentimiento para escondérsela á la razon? Entónces no seria Dios; seria su propio mentís. Habria encendido en nosotros un deseo que seria un suplicio; hubiera hecho de nuestro más sublime instinto un infierno. Semejante hipótesis es impía, no merece ni aún la refutacion. Decirla es refutarla.

Busquemos la verdad y la encontraremos, porque la habremos buscado. ¿Pero para qué la hemos de buscar? dice el espíritu de la pereza. ¿Para qué? Precisamente para que la humanidad vea colmada su mas noble ambicion. La verdad no es la copa pública que pasa de boca en boca en la mesa del festin. Es, y debe ser siempre una recompensa. Para tener derecho á ella es preciso empezar mereciéndola. La inteligencia tiene tambien su virtud; es virtuosa cuando multiplica

sus ideas, y cuanto más las multiplica por el conocimiento, más pruebas dá de grandeza. No seria justo que el de cultivada inteligencia ocupado dia y noche en el desarrollo de su pensamiento, solo poseyera la verdad como el profano que deja volar su alma á merced de todos los vientos. Desde el momento en que cada uno llevara en sí mismo, sin trabajo interior, la plenitud de la ciencia, el alma humana no tendria razon para existir, puesto que no tendria actividad. La verdad repartida en partes iguales á todo hombre desde su nacimiento, seria en último resultado el comunismo del espíritu.

La humanidad debe cojer con el sudor de su frente la mies de la idea, como con el del cuerpo la otra mies. Y sino ¿porqué Cristóbal Colon ha merecido bien de la historia? Ha sido solamente por haber atravesado el Atlántico? Cada dia le atraviesan miles de hombres que no dejarán tras sí más huella que la que abre la quilla de su navio entre las espumas del Oceano. No, Cristóbal Colon es inmortal por haber sospechado la existencia de un nuevo mundo, y por haberle buscado bajo la creencia de su sospecha. Ha tenido que luchar, ha tenido que vencer, y esta lucha y este sufrimiento han hecho su memoria imperecedera. Los débiles y los fuertes tenemos todos como él, cada uno en nuestro puesto y segun nuestras fuerzas, desvanecer que una duda, un obstáculo y despues que le hayamos vencido, aun cuando sea dentro de nosotros mismos, ó en el más oscuro de los séres, el gran ordenador de los mundos nos lo contará como un mérito.

Pero para tomarle como punto de partida para la

verdad, el hombre, ¿es un hecho cierto y probado en su propia existencia? A esta pregunta solo hay una respuesta. Siento que existo, y este sentimiento me ahorra el ir á preguntarlo fuera de mí mismo. El espíritu no puede argumentar contra la vida, porque tiene que empezar por reconocerla. Para argumentar es preciso existir, y al querer negar la existencia, el escéptico proclama implícitamente su realidad, porque la negacion es un acto, y todo acto supone un autor. Al darnos la vida, Dios nos ha dado la prueba innata de la evidencia. La evidencia es una certidumbre despótica que apaga cualquier prueba que haya á su lado, con el resplandor de su claridad. Existo porque existo, he aquí el principio de todos nuestros conocimientos.

¿Pero quién soy? Un ser que á la vez siente y piensa. El sentimiento y la razon, hé aquí las dos alas con las que el alma se remonta hasta la verdad. La sensacion y la razon se equilibran y se fortifican entre sí, en esta misteriosa ascension. ¿Qué seria en medio de la humanidad la razon sola? La luz del fósforo que no calienta. ¿Y qué seria la sensacion reducida á su espontaneidad? La noche ardiente del espíritu. Estas dos facultades primeras del *yo* humano constituyen su armonía. El que rompiera la unidad del instrumento, romperia del mismo golpe la unidad de la obra y romperia el espejo ante la faz augusta de la verdad? Hasta ahora, la filosofía se ha dirigido esclusivamente á la razon, por eso ha sido, hablando con propiedad, una secta en la humanidad. Y así la filosofía no ha podido contener completamente al hombre, puesto que este siente mas que piensa.

La verdad, puramente racional, no puede ser en efecto más que la obra del filósofo célibe que vive, como Spinosa, ensimismado en una celda del Norte, ante la llama ahogada de una estufa, sobre una tierra sin drama, en medio de una naturaleza sin sol; á orillas de agua sin corriente, en la que flota el pálido *nenufar*, esa azucena de la esterilidad; y que allí inclinado de la mañana á la tarde, muerto para la vida esterior, bajo el humilde cristal que vierte desde el techo un rayo descolorido para alumbrar su sueño, suspende hasta las palpitaciones de su corazon, para seguir mejor, con la mitad de su alma, no sé qué fantasma metafísico, bajo la forma de un problema de geometria. Por eso no podemos pedir la verdad aisladamente al sentimiento ó á la razon, es necesario para hallarla, pedírsela al sentimiento dirigido por la razon, ó mejor aun, á la razon vivificada por el sentimiento.

Hé aquí al hombre demostrando al hombre, y en posesion de su conocimiento; pero, ¿qué es con relacion al resto del universo? Un ser limitado, arrojado en un punto del espacio, en medio de séres limitados. Y, sin embargo, en medio de este círculo, de este torbellino de fuerzas y de formas que le rodean por todas partes, inviolable y distinto, puede retirarse al fondo de su conciencia, y allí, como detrás de una ciudadela inexpugnable, reconocerá en sí mismo una existencia personal, independiente de las demas existencias. Pero al proclamar su existencia independiente de la creacion, proclama directamente la realidad de la crea-

cion, puesto que limitado por ella debe existir aunque sea solo como límite.

Hé aquí al hombre y al mundo demostrados por el mismo raciocinio. ¿Y es esto todo? ¿El hombre no es mas que un hecho al lado de otro hecho á quien comunica y de quien recibe la existencia por medio de la comparacion? No; es el testigo, ó mejor dicho, el interlocutor de Dios sobre nuestro planeta. Si el hombre no existiera, Dios conoceria la tierra, pero la tierra no conoceria á su Dios. Uno de los términos de la razon estaria roto. El hombre ha venido al mundo para comprender la creacion y relacionarla con Dios. Desde su entrada en el mundo ha visto en derredor suyo empezar la vida y acabarse continuamente. Al ver esta perpétua evolucion, indefinidamente prolongada, de séres que se sucedian sin acabarse nunca, ha sospechado naturalmente que debia existir un sér superior que sobrevivia á esta manifestacion, y que guiaba y cortaba este flujo y reflujo de existencias. Esta sospecha tomó en su mente la forma vaga de una intuicion, despues la forma positiva de una creencia, reconoció un poder anterior á todo principio, y posterior á todo fin, que vertia la vida en el espacio, y que la recogia á la hora marcada para esa misteriosa restitucion. Despues de haber precisado este poder en su mente, le dió nombre.

Dios es, pues, la vida universal, orígen y fin de todas las vidas, es decir, con relacion á la extension, la inmensidad; con relacion al tiempo, la eternidad. Inmutable é infinito, tiene dos atributos esenciales que no comparte con ninguna existencia perecedera y pasajera, y por esta razon el yo divino es la mas alta expresion

de la personalidad. Dios solo es personal, porque él solo es absoluto. Así, pues, el infinito en el tiempo y en el espacio, constituyendo la personalidad de Dios, y descansando exclusivamente en Dios, no puede provenir de la multiplicidad, ni caer en la division.

Acumulad por el pensamiento los siglos sobre los siglos; no hallareis nunca la eternidad en la cúspide de la pirámide. Multiplicad los mundos por los mundos, no llegareis nunca á encerrar la inmensidad en esta multiplicacion, porque despues del último siglo y despues de la última série, habrá siempre otro siglo mas, y detras de los límites del último mundo habrá otro espacio. Seguireis así un infinito que se escapa siempre, llevándose en su huida la imaginacion jadeante y desesperada de abismo en abismo, á través de los peristilos inflamados del cielo, hácia el término siempre lejano de otro término, y hácia el puerto siempre borrado de un mar sin playas.

Pero Dios es mas que el *yo* insensible que duerme sepultado en el egoismo de su estancia. Es el *yo* vivo, activo, de toda eternidad, que radia continuamente la vida y la accion al través de la inconmensurable profundidad del espacio, y así como el *yo* humano emite infinitos pensamientos que van y vienen siempre penetrados y, sin embargo, distintos en su sustancia, sin agotar su sustancia y sin que esta emision la disminuya, así tambien el *yo* divino proyecta al exterior inagotables creaciones, siempre separadas, pero siempre llenas de su propia vida, sin diseminar ni abdicar en ellas su unidad. Dios es, pues, distinto y está presente en el

mundo, como el alma es distinta y está presente en el pensamiento.

¿Pero el mundo, una vez escapado de la mano de Dios, vive sin relacion, sin correspondencia con él, separado y como perdido en toda la distancia que media entre lo finito y la infinito? No; toda vida creada tiene en sí una naturaleza divina, y en virtud de esta naturaleza aspira á la divinidad. Pero como no puede sumergirse de nuevo en Dios, se remonta hasta él continuamente por una série de progresos.

Ved esa creacion inagotable de estrellas sembradas como polvo en el espacio. Flotan, dan vueltas, huyen, vuelven, describiendo sin cesar nuevas curvas sobre las curvas siempre borradas de sus órbitas. Despues de una série de evoluciones y de circunvalaciones que ningun reloj de tiempo podria contar, entran en no sé qué misteriosa apoteosis. Nuevas estrellas ocupan en su lugar la carrera interrumpida en el etér inconmensurable, como si Dios hubiera preparado de millones en millones de siglos nuevos relevos á esos torbellinos de soles; y ahora decidme, ¿si al ver esas dulces Hespérides de fruta de oro que nadan en un mar de armonía, no os habeis estremecido en vuestro interior, y no habeis sentido un nuevo órden de ideas, ó mejor dicho, de deseos?

El alma libre del peso que la oprime en la tierra, halla en la paz de la noche toda su elasticidad y recobra su sublime instinto de existencia por todas partes donde penetra su mirada, y aun mas allá. Entra involuntariamente en comunicacion con el alma universal esparcida en el espacio; recibe en cada efusion de luz,

una efusion de la divinidad. Dios le ha hablado y se ha extremecido; entonces aspira á la inmortalidad y grita en el aire: Siento en mí el infinito. En cuanto el pensamiento humano, entregado á su rápido vuelo, llega á toda su sublimidad, viene á parar á ese punto. Alguno le atrae desde ariba como el sol atrae el rocío. Levanto la cabeza y ansío el espacio. Una voz me llama, la oigo. Estoy dispuesto, héme aquí.

¿Esta atraccion del cielo sobre nuestra alma, y este deseo sagrado del alma que toma posesion de la eternidad, anticipadamente, no son las profecías de nuestro destino escritas con letras de fuego en la bóveda del firmamento? ¿No nos aseguran por todos los siglos amontonados sobre los mundos que la duracion y la extension son la doble sustancia de la vida, ó la vida simplificada bajo la fórmula mas sencilla? El tiempo y el espacio están indivisiblemente unidos. La lengua humana emplea la misma palabra para medirlos. El uno nos guía al otro como su indispensable complemento. No podemos ver el cielo desplegando todas esas claridades como otras tantas promesas, sin soñar con la vida futura y sin aspirarla á cada soplo de nuestro pecho. La inmensidad es la leccion visible de la inmortalidad.

Dios no podia llamar ante su faz en un instante todos los séres á la vez, porque entonces su creacion se hubiera encerrado entera en ese instante, y el limitado espacio de un momento hubiera encerrado el infinito. Eterno, ha creado eternamente segun su naturaleza, y convocado sucesivamente los séres á la existencia por generaciones. Produce sin cansarse nuevas vidas para

nuevos tiempos; y esos séres, una vez creados, llevando en sí el tiempo, atraviesan la inmensidad. Marchan juntos, recogiendo para mayor cantidad de vida, mayor cantidad de fuerzas. Viajan de metamórfosis en metamórfosis, siempre nuevos, siempre aniquilados. Porque estos séres son tiempos acumulados, y estos tiempos, sujetos á la vida, viven siempre.

Hé aquí la esplicacion de ese misterio que llamamos progreso. El progreso es un mediador universal entre el Creador y la creacion, porque separando el límite en el espacio por medio del movimiento, une el sér limitado á la primera persona de Dios, es decir, á la inmensidad, y separando por medio de la sucesion el límite en el tiempo, une la vida á la segunda persona de Dios, á la eternidad. El progreso es, pues, el movimiento universal de los séres que, continuamente emanados de Dios, gravitan hácia él, sin poder llegar á él; perfecto advenimiento al espacio y á la duracion, lazo vivo de lo finito y de lo infinito con un tercer término, lo indefinido, que participa á la vez de estos dos órdenes de ideas. Sin el progreso habria un rompimiento completo como acabamos de ver, entre lo finito y lo infinito. El momento seria independiente del momento que le sigue. La vida seria una explosion desheredada de continuacion. Dios reinaria solitario sobre un mundo de polvo compuesto de minutos.

Pero lejos de asentar su divinidad en la soledad, ha querido al contrario establecer de él á sus criaturas una simpática correspondencia. Les ha ofrecido en comunion su propia esencia, les ha dado su propia eternidad, que revestir más y más por la duracion, y su

propia inmensidad que conquistar por el progreso. Al echar fuera de su pensamiento y al lanzar en el espacio las horas y las vidas, estas hermanas inseparables que marchan delante de él dándose la mano, las lleva á traves de su cielo, de espiral en espiral, hasta su propia perfeccion. Las llama á él y las atrae sobre su corazon como hijas de desarrollada inteligencia y belleza.

El progreso es por consiguiente la ley general del universo. La atraccion es sencillamente un episodio, porque es la marcha matemática de los mundos al par de los mundos, en la inmensa procesion de los séres á traves de la eternidad. Al aplicar, pues, esta ley del gran Cosmos á nuestro planeta, vemos en él la Providencia, llevando paso á paso ante ella la materia del flúido al elemento, del elemento al organismo, del organismo al movimiento, del mineral al vegetal, y del vegetal al animal; y si pasando de lo animal á la humanidad, vemos la misma potencia creatriz encaminar continuamente al hombre á la conquista incesante del tiempo y del espacio, y de todo lo que puebla y anima el tiempo y el espacio: ¡oh! entónces caigamos de rodillas y adoremos con el espíritu: poseemos la ley de Dios, revelada de igual manera al hombre y al universo, escrita en la misma lengua en uno y otro catecismo, esta ley, volvemos á repetir, es el progreso: el progreso, es el evangelio vivo de nuestro destino. Vamos á procurar reunir sus hojas esparcidas en la naturaleza y en la humanidad.